

# Claude Esteban en un lugar más allá de cualquier lugar

ANTONIO ORTEGA

Se cumplen diez años de la muerte de Claude Esteban (París, 1935-2006) y tanto en España como en el ámbito hispánico, más allá de razones sobradas, tenemos la obligación inapelable de recordar y hacer presente de nuevo su figura y su obra, la de un poeta y una personalidad intelectual que, por vocación y destino, dedicó a la lengua y a la cultura españolas una parte sustancial de su vida y de su obra. Esa relación apasionada y a la vez conflictiva con la lengua española la describió con detalle en ese generoso y espléndido relato de sus años de formación que es *Le partage des mots* (Gallimard, 1990), que Juan Abeleira tradujo al castellano con el título de *La heredad de las palabras* (Hiperión, 1998): de padre español, periodista republicano refugiado en Francia, y madre francesa, educado en francés y con reiteradas y constantes visitas a España pero, finalmente y por elección, un enorme y gran poeta en lengua francesa, vivió y creció desde niño entre los dos idiomas, pero su bilingüismo fue para él un conflicto permanente más que una ventaja, pues cada una de esas lenguas encarnaba una forma de pensar la realidad, una representación y un conocimiento del mundo, de algún modo, irreconciliables y traumáticos. En ese relato de su experiencia con la lengua, desde su infancia hasta la edad adulta, que es también una muestra declaradamente autobiográfica y un testimonio singularmente único, tanto por su calidad literaria como por su original y personal punto de vista lingüístico, social y político, es donde se da cuenta del desgarramiento producido por esa especie de «neurosis de Jano», pues como dejó dicho con claridad meridiana en 2004, en una entrevista con Laure Helms y Benoît Conort (*Le nouveau recueil*, nº 71), para él «ser bilingüe, o tender hacia ese estado híbrido que considero intolerable, es confrontar en uno mismo dos horizontes, atravesar dos espacios mentales que solo se confunden por la adecuación ilusoria de los conceptos: esa quimera, arraigada en nosotros, de una gramática universal».

Esa «partición» de las palabras, ese «reparto de una herencia», esa «división y escisión», como muy bien explica Juan Abeleira, es también su línea divisoria de las aguas, un terreno y un paisaje, un lugar donde llevar a cabo, desde la desposesión, la confrontación con uno mismo, y en el que dar espacio al «trabajo de lo visible», a una verdad original y diferente. Ese distanciamiento de realidades, el peso de la existencia vivida, alcanzan continuidad en el poema, que es entonces una lección de vida, el refugio inapelable del más allá del lenguaje, porque Claude Esteban, además de ensayista, estudioso, crítico y teórico del arte y de la literatura, fue un grandísimo y envidiable traductor, como quedó reflejado, entre otros libros, en sus *Poèmes parallèles* (Galilée, 1980), una antología recopilatoria de algunas de sus muchas traducciones de poetas hispánicos y en otras lenguas (Góngora, Quevedo, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, César Vallejo, Alejandra Pizarnik, Fernando Pessoa o Pere Gimferrer), y que incluye como prólogo un texto titulado «Traduire», una larga y meditada reflexión sobre el trabajo del traductor que es una pieza magistral en su género. La lista de los poetas traducidos al francés es, además de larga, espejo de sus deseos, y a la que habría que sumar, junto con los ya citados, los nombres de Virgilio, Antonio Machado, García Lorca, Borges, T. S. Eliot, y sobre todo, Octavio Paz. En efecto, el trabajo poético de Claude Esteban concede tanta importancia a su propia escritura como a la de otros poetas, pues en ambos casos se trata de compartir, ya que el acto mismo de la traducción participa de una idéntica «necesidad interior».

Igualmente primordial y reveladora es su obra ensayística, principalmente centrada en la reflexión sobre la palabra y la escritura poética, junto con la crítica y la difusión del arte. Entre todos sus estudios y ensayos poéticos destaca, sin la menor duda pero sin desmerecer el resto, su *Critique de la raison poétique* (Flammarion, 1987), de una profundidad y de un conocimiento teórico incomparables. En este y otros de sus trabajos ensayísticos, toma una postura definida y personal, pues frente a las actitudes y tensiones que conformaron el debate estético de finales del siglo xx, no duda en declararse «antimoderno», y no sin razón, puesto que después de la ya famosa declaración de Rimbaud («Es necesario ser absolutamente moderno») todos la hacen suya, hasta tal punto que acaba volviéndose oscura. Es por esto que Claude Esteban, en su relectura de los desvíos de esa modernidad, lleva a cabo una declaración de los principios que van a constituir su propia inspiración creadora, refutando a su modo el canto del instante absoluto, del *moment brut*, y recusando igualmente «la dimensión diacrónica de la duración, constitutiva del ser de los hombres y de las cosas». Por eso su esfuerzo por trabajar la capacidad que el poema tiene de «re-

figurar» el mundo, según la expresión de Paul Ricoeur, y así poder recomponer un nuevo lirismo que consistirá en «formular la (una) posible ordenación del mundo» personal del poeta. Esa comunidad de espíritu es la misma que encuentra en sus estudios y trabajos críticos sobre artistas, dando cuenta de esa «poética en movimiento» de creadores como El Greco, Velázquez, Goya, Picasso, Palazuelo o Chillida, entre los españoles, y Caravaggio, Morandi, Uccello, Viera da Silva, Szenes, Sima, Braque, Chagall, Hopper o Le Brocqy entre otros numerosos pintores y escultores a los que dedicó inolvidables monografías y escritos, todos ellos, unos y otros, como en el título de uno de sus libros, *Veilleurs aux confins*, vigilantes de las fronteras de ese diálogo entre la poesía y la pintura, central en su obra y en su vida.

Pero sobre todo y ante todo, Claude Esteban era, sigue y seguirá siendo un imprescindible poeta en lengua francesa. Desde su primer libro, *La saison dévastée* (D. Renard Éditeur, 1968), hasta *Trajet d'une blessure* (Farrago, 2006), publicado pocos días después de su muerte, y *La mort à distance* (Gallimard, 2007), que había dejado sobre su mesa de trabajo y que vio la luz ya póstumamente, casi una veintena de poemarios y antologías han dado forma a una voz única y a una aventura poética nacida, como él mismo vino a referir, «del trabajo que el poeta no cesa de realizar en el corazón de la lengua». Un trabajo por el que recibió, entre otros más, el Premio Goncourt al conjunto de su obra, y concretamente con su libro *Morceaux de ciel, presque rien* (Gallimard, 2001). A pesar de que el francés fue su lengua de escritura, escribió en español, «en una lengua de distancia» como confesó a Andrés Sánchez Robayna, un libro de poemas titulado *Diario inmóvil*, traducidos al italiano por Jacqueline Risset, en edición bilingüe (Milano, Vanni Scheiwiller, 1987). Tal y como revelara en la entrevista con Laure Helms y Benoît Conort arriba citada, su sueño era alcanzar un «poema que prolongaría esa mirada detenida en el espectáculo más simple —una flor, un vaso, la curva de una colina, el brillo de una piedra—. Imagino una frase que solo rozaría la corteza de lo visible y que solo tendría valor por ese encuentro impalpable donde la distancia y las palabras que se demoran vendrían a suprimirse. ¿Esto es reclamar de la poesía lo que solo está en el silencio? Continué escribiendo, como si la esperanza no me dejara alcanzar, después de tantas fatigas, este lugar más allá de cualquier lugar». El poema, entonces, como una verdad material, como una armonía casi orquestal, un aliento que nos lleva a cada paso y da testimonio con sus palabras: una voz que nos habla, un gesto de bienvenida, una promesa de unidad por encima de su gracia efímera.

Fruto de su humor irresistible, por encima de la tragedia y del desgarró, Claude Esteban no dejó nunca de provocar, como hizo con esa especie de duplicado de sí mismo, de ese heterónimo al estilo de Pessoa y de nombre Arthur Silent —nacido en Namur en 1940 y afincado en Quebec, psicopatólogo animal y antólogo de poetas iroqueses—, autor de un libro de historias cortas titulado *Mémoires minuscules* (Flammarion, 1984), con prólogo de Emmanuel Hocquard, que en 1985 recibió el premio Deux Magots. Años más tarde, en 1991, este misterioso escritor publica *Meurtre à Royaumont suivi de l'Ode a Lisbonne*, siendo esta vez Hocquard el responsable del epílogo, al que le fue otorgado, esta vez, el prestigioso premio Nabel de Littérature. A pesar de las conjeturas al respecto de la verdadera identidad de este extraño y alocado escritor, se quiso mantener el misterio, muy a pesar de que sus «amigos» Claude Esteban y Emmanuel Hocquard, acudieran disfrazados a la entrega de uno de los premios.

La recepción en Francia de la literatura y, más en concreto, de la poesía en español habría sido, sin la menor duda, otra completamente distinta sin la labor esmerada y precisa de Claude Esteban. Sin embargo, tan solo seis de sus libros, cuatro de ellos de poemas, han sido traducidos al castellano (*Siete días de ayer*; *La hierba*; *Conjeturas del cuerpo y del jardín* seguido de *Doce en el sol e imágenes pintadas* y *El último páramo*, además de *La heredad de las palabras* y *La pícaro Arcadia*), sin contar sus monografías sobre artistas y pintores. Sus publicaciones, pues, no dejan de ser pocas y su presencia escasa, y es que su gran escritura es aún poco conocida en el ámbito hispano, y en particular en España. Que su obra sea traducida y editada, para tratar de remediar con ello, al menos por unos instantes esa laguna, sería una obligada forma de agradecimiento y una manera honorable de saldar una deuda que nuestra lengua tiene contraída con él desde hace años. Sea.

© Antonio Ortega, 2016. Texto publicado bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0. Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente por cualquier medio, siempre que sea de forma literal, citando autoría y fuente y sin fines comerciales.

#### HOMENAJE A CLAUDE ESTEBAN

31.03.16

PARTICIPAN **MARÍA VICTORIA ATENCIA • JORDI DOCE • RAFAEL MORALES BARBA • CLARA JANÉS • JESÚS MUNÁRRIZ • JULIETA VALERO • LUIS ANTONIO DE VILLENNA • ADA SALAS • NURIA RODRÍGUEZ LÁZARO • PAUL-HENRI GIRAUD • XAVIER BRUEL • CHRISTINE JOUSHOMME**

ORGANIZA **UNIVERSIDAD DE BURDEOS**

COLABORAN **UNIVERSIDAD DE LILLE • UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID • FUNDACIÓN JOSÉ HIERRO • CBA**

# Siete días de ayer

CLAUDE ESTEBAN

Un pétalo que cae  
y la suavidad de la palabra  
sol  
están ahí en la mesa,  
todo vuelve a empezar sin mí, sin  
que yo sepa  
dónde brota la sangre, como si  
fuese de día  
muy lejos, allá afuera.

\*

Una astilla, esta brecha  
ínfima en la cabeza y toda la sangre, todo  
el líquido del amor  
se va, detenedlo, decid lo que sea,  
que mañana, que pronto  
puede ser, y que eso  
se detenga, decid, dejadnos luego,  
no es nada, es  
la sangre, en algún lugar, que fluye.

\*

Es que estoy esperando, soy yo acaso  
quien espera en la puerta, que sea  
ella y yo esté ante ella,  
nada con que acogerla, sólo  
las manos, que la puerta  
se abra y que ella diga  
que es de noche, que llueve, pero que  
va a quedarse y la mesa  
está ahí, preparada, y yo delante  
igual que quien empieza a impacientarse.

\*

A la vuelta de una frase  
reapareces, es el alba en un libro, es  
un jardín, podemos  
verlo todo, el rocío, una  
mariposa en la hoja y eres tú,  
te levantas de pronto entre las páginas  
y el libro se hace más hermoso  
porque eres tú  
y no has envejecido, y andas  
despacio hasta la puerta.

\*

# Sept jours d'hier

Un pétale qui tombe  
et la douceur du mot  
soleil  
sont là sur cette table,  
tout  
a recommencé sans moi, sans  
que je sache  
où le sang a jailli, comme  
s'il faisait jour  
très loin, dans le dehors.

\*

Un éclat, cette brèche  
infime  
dans la tête et tout le sang, tout  
le liquide de l'amour  
s'en va, arrêtez-le, dites n'importe quoi,  
que demain, que tout à l'heure  
est possible, et que cela  
s'arrête, dites et puis laissez-nous,  
ce n'est rien, c'est  
le sang, quelque part, qui coule.

\*

Est-ce que j'attends, est-ce moi  
qui attend contre la porte, que ce soit  
elle et que je sois devant,  
sans rien pour l'accueillir, juste  
les mains, et que la porte  
s'ouvre et qu'elle dise  
qu'il fait nuit, qu'il pleut, mais  
qu'elle va rester et la table  
est là toute prête et moi devant  
comme quelqu'un qui s'impatiente un peu.

\*

Au détour d'une phrase  
tu reviens, c'est l'aube dans un livre, c'est  
un jardin, on peut  
tout voir, la rosée, un papillon  
sur une feuille et c'est toi  
qui te lèves soudain parmi les pages  
et le livre devient plus beau  
parce que c'est toi  
et tu n'as pas vieilli, tu marches  
lentement vers une porte.

\*

Pasos precipitados, el cuerpo  
que cae,  
una puerta que da  
a lo oscuro, y este esfuerzo por  
seguir siendo, como si  
nada hubiera pasado  
y que mañana permanezca, un mañana  
hecho de mucho tiempo  
pero sin zarzas  
ni sangre abierta, ni esos pasos que corren.

\*

De pronto, había  
un acantilado en el horizonte, carreteras  
vacías,  
un sol invisible sobre el mar, un rosa  
en las cañas, igual que  
viento sólido, el aire  
se vuelve blanco, había un  
acantilado en ocre con la mano  
que lo inventaba sobre  
un recuadro de tela y tres colores.

\*

Siete días de ayer, siete días  
contados como si  
ya concluido el número  
fijara el tiempo, lo forzara  
a no cavar ya más su entalladura,  
siete días  
que atraviesan los años, y esta voz  
súbita que decide  
que ya basta, es preciso  
contar de otra manera, si eso fuera posible.

*[Traducción colectiva del  
Taller de Traducción Literaria  
de la Universidad de La Laguna]*

Les pas précipités, le corps  
qui tombe,  
une porte qui donne  
sur le noir et cet effort pour  
être encore, comme si rien  
n'avait eu lieu  
et que demain demeure, demain  
fait de beaucoup de temps  
mais sans les ronces  
ni le sang ouvert, ni aucun de ces pas qui courent.

\*

Si je pensais, c'était une falaise  
à l'horizon, des routes  
vides,  
un soleil invisible sur la mer, ce rose  
dans les rouseaux, comme  
du vent solide, l'air qui devient  
blanc, c'était  
une falaise d'ocre avec la main  
qui l'inventait  
sur un carré de toile et trois couleurs.

\*

Sept jours d'hier, sept jours  
comptés comme  
si le nombre enfin clos  
fixait le temps, forçait  
le temps à ne plus creuser son entaille,  
sept jours  
traversant les années, et cette voix  
soudain qui décide  
que c'est assez, qu'il faut compter  
autrement, si l'on pouvait.